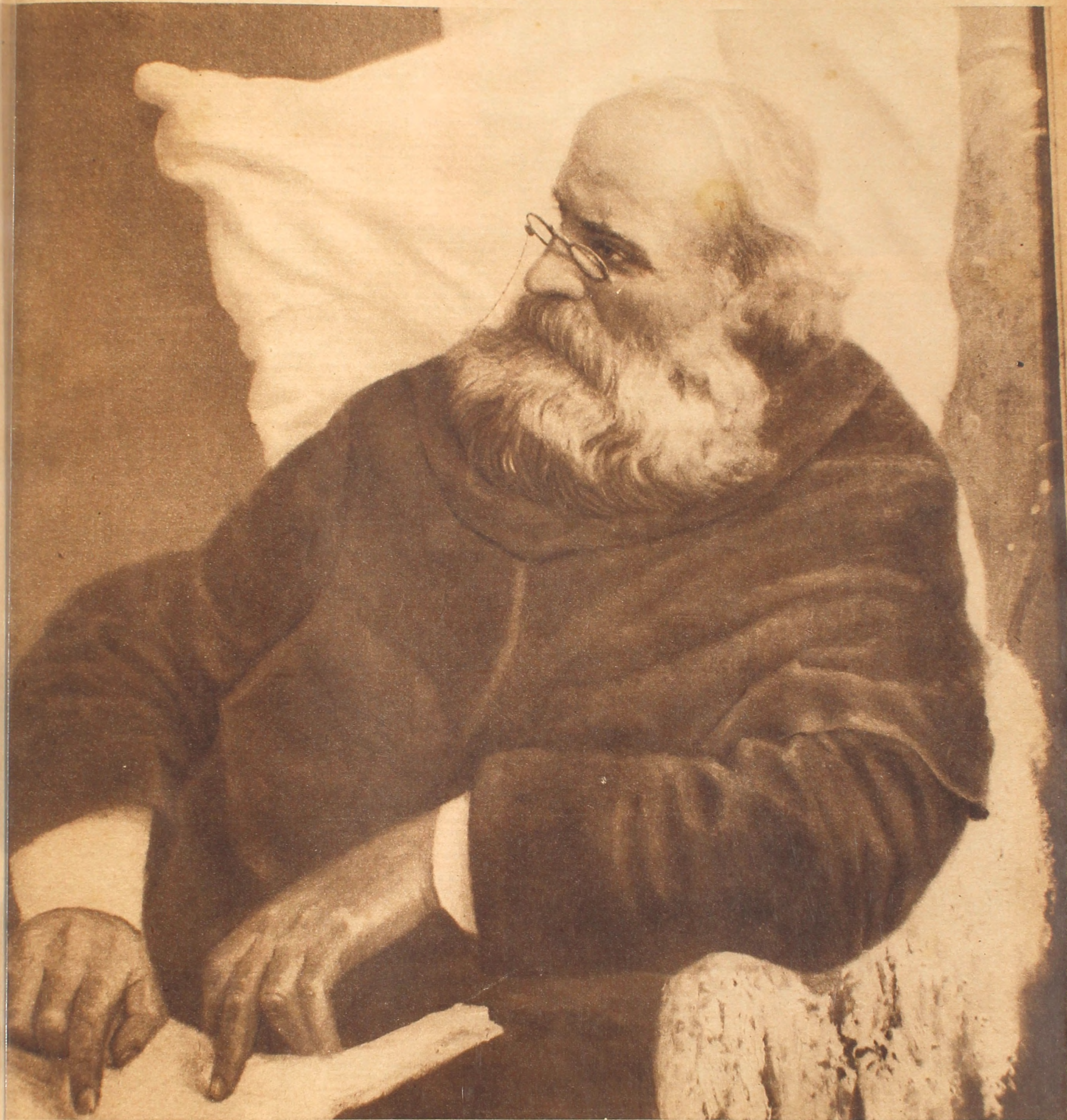




JOSE GARIBALDI
(Foto Juan Caruso)

Marino revolucionario, enamorado de la libertad, el héroe de Marsala culminó su epopeya americana en la batalla de San Antonio, en las cuchillas orientales, al triunfar de un ejército numeroso con un pequeño grupo de valientes. Evocamos su figura, en un nuevo aniversario de aquel 8 de febrero de

1846, con la publicación de este poco conocido retrato del héroe, original del pintor napolitano Paolo Di Nuncio, que residió entre nosotros a fines del siglo pasado. Perteneció a Don Juan Blengio Rocca y fue donado a "Casa Garibaldi", con destino al proyectado Museo Garibaldino.

LA CIUDAD Y EL CAMPO EN LA CIVILIZACION URUGUAYA



Puerta de Montevideo. (Acuarela de H. B. Darondeau, 1836).



Capilla de Montevideo (Acuarela de H. B. Darondeau, 1836).

LA NATURALEZA Y LA TECNICA.

Cuando se compara la ciudad de Montevideo con una lejana estancia del interior las diferencias ambientales entre ambas son tajantes. Montevideo es una obra humana. Sus edificios, sus calles, sus multitudes y sus máquinas impiden al ciudadano el contacto con la naturaleza planetaria. La técnica se superpone al escenario físico y lo anula. La cultura, por medio de sus precipitados arquitectónicos, se convierte en un sistema racional de masas edilicias, de arterias de circulación y de espacios libres; en historia objetivada; en arte materializado en el paisaje urbano. La avenida Agraciada, la casa de Lavalleja y el obelisco del Parque Batlle son tres ejemplos ilustrativos al respecto.

La estancia, en cambio, posee un pequeño núcleo humano, el "casco", y en su derredor triunfa la naturaleza plena. Tierra, firmamento, fauna y flora, ciñen al hombre con multitudines circulares concéntricas. La presencia de lo técnico agruma las tenues construcciones humanas perdidas en la soledad de los campos, sojuzgadas por la grandeza de la Creación.

Este contraste no sólo revela los dos extremos de una escala. Es la expresión sintética de lo americano, la imagen de nuestro continente desmesurado y contradictorio. O ciudad o desierto. Por un lado el puerto internacional, la megalópolis, las inmensas muchedumbres urbanas; por el otro la cabaña del pionero, la pampa, el sereno, el frío páramo andino, la selva despiadada.



Vista de balcones y azotea de Montevideo. (Acuarela de A. D'Hastrel, 1879).

En Europa campo y ciudad se compenetran y compensan. Las viviendas agrupadas, en las regiones de aldeanos, se articulan con su nido geográfico y económico. Las viviendas aisladas, cercanas unas de otras en las zonas de campesinos, equilibran las fuerzas naturales con las sociales. En Dinamarca, en Holanda, en ciertas comarcas de Italia del Norte o de Inglaterra central, no se sabe donde termina la ciudad y donde comienza el campo. Todo se ha convertido en un suburbio agrario de las ciudades industriales, en una especie de campo urbanizado, en una peculiar ciudad ruralizada.

Es que Europa conoció (y padeció?) una Edad Media de entonación eminentemente agraria, mientras que América latina, —en realidad Indoamérica— vio desde barcos los productos de la técnica y el alma renacentista en las cosas aún bañadas por el mar de la prehistoria.

La América rio latense no conoce la aldea agrícola, representada por el *ayllu* incásico y el *calpulli* azteca. Nuestro pueblito rural es una caricatura urbana superpuesta al campo y divorciada del mismo. Su casa habitación, resabio de la casa patricia capitana, es un contrasentido ecológico. Sus funciones intentan ser idénticas a las de la ciudad y sus habitantes, pese a ser rurales, cumplen con el requisito establecido por Brunhes y Deffontaine para tener la calidad de pobladores urbanos: viven y trabajan dentro del perímetro edificado. Constituyen así lo que los norteamericanos llaman *rural non farm*. Y todo porque este pueblo es una sucursal raquítica de la urbe, una proyección frustrada pero no por ello menos intencional de Montevideo sobre el territorio.

En Europa, como escribe Spengler, "la aldea, con sus tejados pacíficos como suaves colinas con el humo de la tarde, con sus pozos, sus setos, sus bestias, está toda como sumergida, tendida en el paisaje. La aldea confirma al campo; es una exaltación de la imagen campestre". De igual modo, la ciudad europea nace del campo y manifiesta un perpetuo coloquio con el mismo. Hablamos, claro está, de la ciudad provincial. La lengua francesa ha conservado la distinción entre *bourg*, el lugar fortificado, el meollo de la ciudad futura y *laubourg* (del latín *lorisburgus*), el arrabal, el *arriete* donde se rompen las olas campesinas. En el *bourg* se levanta el *castellum*, la fortaleza de los señores, que desde sus torres vigilan la villa, el conglomerado de viviendas donde habitan los villanos. El señor juega con armas nobles y el villano, que muy poco tiene, sólo con sus manos. De ahí el viejo refrán. Y de ahí también la aviesa y arisocrática tergiversación del término.

La secuencia estancia, pueblo rural, ciudad tentacular es, en cambio, la medida de lo americano rioplatense. En los tres términos está presente el diseño de la capital portuaria, en nuestro caso Montevideo, que imita su esquila o su perdigonada en la naturaleza primitiva, que opone a la inercia del territorio su voluntad tecnológica.

La distinción de G. Friedmann entre "medio natural" y "medio técnico" funciona mejor en América que en Europa. El "medio natural", sin embargo, no es para Friedmann el de la naturaleza pura sino el de la sociedad pre-maquinalista. El *utensilio* es una prolongación directa del cuerpo humano —pensemos en el lazo;— está adaptado al cuerpo —pensemos en la azada;— está construido por la habilidad manual del hombre —pensemos en el *recocto* criollo— según procesos cuyos condicionantes biológicos, psicológicos y sociales están estrechamente mezclados. El "medio técnico", contrariamente, desplaza el centro de gravedad del hombre a la máquina. Técnicas de construcción, de producción, de administración, de consumo, de transporte, de relación y de comunicación automatizan a la sociedad —la radio y la TV son dos tremendas emparejadoras de conciencias y forjadoras de cultura de masas— colocando entre ella y la naturaleza física y biológica un sistema aislador lleno de significados abstractos.

No compartimos, digámoslo al pasar, la

terminología de Friedmann, aunque suscribamos sus conceptos. Preferimos las designaciones de Herscovici, quien llama *habitat* al escenario natural de la existencia humana; *cultura* a la parte del ambiente fabricada por el hombre; y *ambiente* a la conjugación de todas las influencias externas —provenían ya del *habitat*, ya de la cultura material— que afectan la vida y el desarrollo de un organismo. La idea de *milieu* es poco plástica; la de *ambiente*, integrado por variables proporcionales de naturaleza y cultura humana, nos parece más flexible y expresiva.

Ernest Labrousse ha dicho que la civilización urbana es el dominio de la velocidad, del riesgo y de la conquista, mientras que la cultura rural es el dominio de la estabilidad, de la parsimonia tradicionalista, de la prudencia conservadora.

El estilo conquistador de la ciudad y el remansado del campo se hacen patentes en los dos tipos de paisaje que acunán. En el paisaje urbano de Montevideo, el aluvión de la técnica ha sepultado a la naturaleza; en el paisaje rural del interior, los mínimos y remolones dispositivos humanos sucumben ante la principalidad de los elementos naturales. En la ciudad el hombre organiza al espacio; en el campo, el espacio organiza al hombre.

PROCESO DE LA URBANIZACION MONTEVIDEANA. — Hay en América latina, en cuanto a su origen, tres especies de ciudad: la superpuesta a la indígena, la colonial y la moderna. La superpuesta a la indígena —Cuzco, México— conserva la infraestructura de las viejas metrópolis prehispánicas; la colonial —Santiago, Lima, Montevideo— revela con mayor o menor supervivencia edilicia su antigüedad o su riqueza; la moderna, surgida en la era republicana o en nuestros días —La Plata, Belo Horizonte, Maringá, Brasilia—, brota como un milagro técnico inyectado violentamente en el contorno primitivo.

Montevideo, aunque con los rasgos coloniales casi desvaídos, se halla en la segunda categoría pues es fundada en 1726. No posee la añeja tradición de Santiago de Chile, nacida en 1541, ni la densidad arquitectónica y artística de Lima, la señora del Rimac. Es una ciudad del siglo XVIII, construida con diseños represivos y habitada por gente de escasa fortuna. No hay en sus alrededores minas de plata y oro ni indios mitayos que mantengan Virreyes y sustenten palacios suntuosos. La Matriz, comparada con las iglesias de Quito, es de pobreza y sobriedad monacales. La fisonomía colonial de Montevideo estaba labrada en sus murallas y cuando ellas cayeron sólo quedó el núcleo desamparado de una ciudad parva, modesta, casi sordida.

Es conveniente recurrir al testimonio de los viajeros que vieron a Montevideo surgir de su crisálida para evocar los años infantiles de nuestra capital, cuando la técnica que hoy la domina no cabía dentro de sus muros y el campo entraba en ella con los aguateros, los boyeros y los lenadores, con el viento y el olor a gramílla, desde el ejido agreste e insumiso.

En 1782 visita Montevideo el distinguido marino Juan F. Aguirre, que viene como demarcador de límites en el eterno pleito entre España, que de dinámica conquistadora se convierte en una sedentaria saqueadora de minas, y Portugal, el pequeño e intrépido vagabundo de las *bandeiras* y los capitanes de *mar*.

Aguirre dice que muchos de los que conocieron a Montevideo en la época de los ranchos "se aturden contemplando la velocidad con que se ha levantado la ciudad". Esta, según la vemos, se compone de casas de materiales la mayor parte piedra, bastantes de dos altos, las más tejadas, y algunas de azoteas. Las viviendas "van por el estilo que se observa en Cádiz y sus cercanías". Montevideo tiene el aspecto de una ciudad andaluza; no ha llegado aún el inmigrante itálico con la casa pompeyana a cuestras y el feo carapacho de la claboya que protege al *impluvium*. ¿Pero es Montevideo una ciudad? "Aún hoy mismo —prosigue Aguirre— se observa que bastantes cuadros no están edificadas y estos

espacios, llamados huecos, no sirven más que para apilar cueros". No, la entena del coramoro no es aún una ciudad: "por ahora merece Montevideo lo que entendemos con nombre de pueblo lino".

El inglés John Constance Davie, llegado en 1797 no es tan entusiasta como el español pues en este pueblo lino "fuera de la montaña (el Cerro) y el río hay muy poco que excite la curiosidad del viajero".

Samuel Hull Wilcocke, que nos visitara en el amanecer del siglo XIX, es más clemente que su compatriota; afirma que "el pueblo tiene linda apariencia", que "las calles corren derechas y se cruzan unas a otras en ángulos rectos, pero con una o dos excepciones son muy incómodas". Montevideo carece de pavimentos y ello se debe, según la explicación sociocultural que aventura Wilcocke, a que "los habitantes en general andan a caballo" y por lo tanto "prestan muy poca atención al mejoramiento de los caminos".

Las calles intransitables en invierno y la suciedad de Montevideo llaman a la atención de los viajeros. El Brigadier Crawford, en la época de las invasiones inglesas, advierte que "a pesar de la sabia regularidad de las calles... ninguna de ellas está limpia de inmundicias"; John Mawe expresa que "la carne existe en tal profusión que alrededor de la ciudad se encuentran hu-sos y pedazos de carne cruda que... durante el verano engendran miríadas de moscas"; Saint-Hilaire escribe que ha "quedado impresionado por la extrema suciedad de las calles y la plaza pública".

Pero en el segundo decenio del siglo XIX las cosas cambian. Alcides D'Orbigny, que conoció a Montevideo en 1827 bajo la ocupación brasileña, dice que "la ciudad... tenía por entonces un aire de riqueza, de vida y de prosperidad comercial". Santiago Estrada, cuarenta años más tarde, califica a Montevideo como "la más elegante y europea de las capitales de América española". Pero por ese entonces Montevideo ya había dejado de ser heredera exclusiva de la tradición edificia española: miles de constructores y albañiles italianos habían convertido a la pequeña Cádiz de antaño en una pequeña Génova. La ciudad aparece ante el viajero "limpia como una capital europea, bien edificada y acariciada por el mar y las aguas del Plata". Disculpemos a Estrada su poca pericia geográfica. Sólo el Plata acaricia (o embiste) a nuestra capital.

Cuando el famoso orientalista Gastón Mأسpero llega a nuestras playas en 1868, aprecia a un tiempo las facetas positivas y negativas de Montevideo. Por una parte la ciudad presenta un "aspecto de riqueza y bienestar, tan diferente del espectáculo de nuestras ciudades de Europa" y está "muy bellamente situada, cómodamente construida". No obstante, se halla "detestablemente pavimentada" y "hay suciedad y poca agua en las calles". Y, al margen del tema urbano, agrega: "Aquí nadie manda y nadie quiere obedecer, los negocios andan así como así y el pueblo, para estar lo menos gobernado posible, no tiene el aspecto de sentirse infeliz. Es muy alegre y canta siempre. Por la noche las calles tienen siempre el aspecto de estar llenas de gentes que salen de un baile". De las dos partes de estas observaciones la primera aún tiene vigencia. La segunda, ya no. El tango y la sociedad que lo prohibió no habían empezado su imperio melancólico. Y la gente alegre ha cedido el paso a los insatisfechos, a los malhumorados, a los críticos de bilis negra, a los ventajeros y a los vividores de hogano.

Cuando el Conde Saint Foix llega a nuestra capital en 1890 la califica como "una de las más lindas ciudades de las dos Américas" y la considera "una gran ciudad marítima". Montevideo ha madurado como urbe. En el remoto y olvidado campo sigue el desdichado pleito de las guerras civiles que no vulneran ni sobrecogen a la capital sureña. Ella es la Ciudad, la cabeza de puente europea, la sede de la moda y del pensamiento, la avanzada de la técnica. A sus espaldas están el territorio despoblado, la ganadería riesgosa, la América bárbara, la geografía desnuda.

EL MUNDO DE LA NATURALEZA. — Es ingrato privilegio de América latina que sus ciudades vivan en la plenitud maquinista del siglo XX y que sus campos estén todavía en el siglo XIX, cuando no en el XVIII o más lejos aún, en las orillas de la prehistoria. Ciertamente es que la ciudad se proyecta en los campos. Pero la vida rural latinoamericana, pese al aumento de la mecanización agrícola, se halla, para decirlo



Vista de la Aguada y sus alrededores (Litografía de A. D'Hastrel, 1840).

con palabras de Mumford, en la fase eotécnica o, a lo mucho, en la paleotécnica. La indiferencia lesiva de la tierra sojuga las obras del hombre. La soledad y la distancia amigüen la organización social. El mar de las praderas está salpicado por achipiélagos de islotes culturales pero aún falta el istmo que una el continente de la técnica con el de la naturaleza.

En el campo uruguayo, como en el unánime campo americano, el hombre está solo frente al cosmos. Debe contar consigo mismo para resolver las situaciones existenciales y soportar sin posibles delegados el viento y la lluvia, las travesías y las crecientes. Su vida transcurre al gran aire, out-of-door, bajo el cielo abierto.

El montevideano, en cambio, elude los meteoros, soslaya o suprime la naturaleza. Al clima le contesta con los microclimas y a la roca con el cemento armado. La mayoría de las tareas de la ciudad se cumplen in door, bajo el techo de las fábricas, en el ambiente caldeado de las oficinas, en las celdas de los escritorios, en el interior de las casas de comercio, en el sereno (o tormentoso) recinto de las aulas. Aire acondicionado y calefacción son las respuestas de la criatura urbana al reto de los elementos; transportes colectivos, al desafío de las distancias; esclavos mecanizados, a la ausencia de la artesanía familiar. La ciudad es un producto artificial; un ente fraguado por la división del trabajo, el taylorismo y la industria en cadena.

La vida rural, celebrada por su contacto con la tierra materna y el cielo puro, no es sin embargo, una bendición saludable. una suma de instancias placenteras. La naturaleza templea el organismo humano pero también lo corroe y destruye.

Artigas, hombre de a caballo, "siempre pasando trabajos", debe luchar, a los cuarenta años de edad, con un reumatismo tenaz. Los gauchos envejecen prematuramente; las duras faenas de la estancia cobran su tributo en los peones "quebrados" por el potro y abiertos en canal por la guampa arisca; el rayo y las crecientes se ceban con los troperos. D'Orbigny pondera el coraje y la resistencia, que también tiene sus límites, del paisano oriental en armas: "Cuánto admiré entonces la simplicidad de estos valientes, consagrados a la defensa de su patria. Nunca tuvieron pan; carne, por todo alimento; expuestos día por día al fuego de un sol ardiente y sin otro lecho, de noche, que el recado que les sirve de montura durante la jornada..."

El hombre rural, amadrinado y aporreado por la naturaleza, debe subsistir al precio de amoldarse a ella, de comprenderla, de adivinar sus dictados. Desde tiempo inmemorial ha resonado la voz didascálica de los campos aconsejando espíritu observador. mirada penetrante, pareja atención en los gusanos y en las estrellas. La ciudad no necesita baqueanos geográficos aunque posea otros tipos: los espirituales, los intelectuales, los políticos. Pero para interpretar la

naturaleza hay que atender al mundo zoológico, al contorno vegetal, a los reinos de la piedra y el agua. Dice Hesíodo al labrador beocio de Ascra, siete siglos antes de nuestra era: "pon atención en el grito de la grulla que, desde lo alto de las nubes, no tras año chilla su advertencia. Esa es la señal de las siembras y anuncia el invierno lluvioso". Y Martín Fierro advierte así al que atraviesa la pampa desierta:

*Dios le dió instintos sutiles
a toditos los mortales.
El hombre es uno de tales
y en las llanuras aquellas
lo guían el sol, las estrellas,
el viento y los animales.*

El general Rivera rumbeaba durante la noche guiado por el diferente gusto de los pastos. Y el misterioso Calibar era el ojo y el olfato humanos desmesurados por el ejercicio de la orientación en el entrecruzado universo de los rastros.

Mucho más puede agregarse sobre este contrapunto entre el ambiente de la ciudad de Montevideo, que en nuestros días vive la plenitud neotécnica, y el ambiente natural que preside nuestra vida campesina. Pero más importante que el continente es el contenido. Y por ello, en próximas notas, buscaremos los significados sociológicos de lo campesino y de lo urbano.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA.)



Mercado de Montevideo (Litografía de B. Lavergne, 1836)



Arenas, piedras y nubes, forman un escenario mineral que se diría de un planeta muerto.



Muy grandes médanos y grandes piedras de aristas redondeadas, hablan de vientos que pulen como limas ciclópeas.



En la solitaria ensenada del Cabo Polonio, sólo se alzan las chozas de los pescadores, hechas con la paja totora del arroyo Valizas.

magulla, escapando de las mandíbulas de tiburones y toninas que, bajo el agua, los persiguen y los devoran a dentelladas. El mar, el quieto piélagos verde de las odas y de las barcarolas, es el escenario dramático de una lucha sin cuartel, de la que sólo nos llegan los restos de los vencidos.

Vamos caminando por la orla que dibujan las aguas oceánicas en esta costa rochense. A un lado, un inmenso mar. No el latino mar, amigo de Ulises. Allí están los tablones de los naufragios. Pesos en los cabos de piedra, están los torsos de hierro de las embarcaciones zozobradas. Y este mar es, unas veces, complaciente y, otras, bravío. A nuestro paso, tiende con gentileza oriental la más magnífica alfombra destilante de pedrerías y de irisadas espumas. Mas, de tiempo en tiempo, llega tumultuosa una ola mayor, que parece venir a reclamarnos para sus profundidades; y debemos salvarnos corriendo por costas tan inclinadas, a veces, que son ya verdaderas barrancas.

Del otro lado, muy al os médanos de arena, a los que el viento les ha dado formas humanas: gigantesco hombros, redondeados torsos, muslos ciclópeos, que el sol dora y da una calidez humana. Porque, a nuestras espaldas, se está levantando un sol unánime y pleno. Y tan poderosa es la fuerza vital que se des, rende de ese escenario que, sin darnos cuenta, nos hemos puesto a cantar; a cantar, sí, y fuertemente, nosotros que muy rara vez cantamos.

*

Allá, sobre las aguas, viene acercándose a la costa muy lentamente una masa redondeada y oscura. Cada ola la levanta y podemos ver en ella las alas abiertas de un ave. El bulto es, sin duda, un lobo marino herido o muerto. Cuando está más cerca, vemos que lo que nos pareció un aleta

POR EL BORDE DEL MAR

HEMOS caminado varias leguas por el borde del mar, desde la ensenada de Castillos, la barra del arroyo Valizas hasta las playas del Polonio. Y sobre un extenso pizarrón, la costa nos ha dado una clase magistral. Hemos aprendido que la vida, para subsistir, se nutre con voracidad de lo que ella misma desruye sin piedad.

La vida es lucha incesante, combate arduo, a menudo brutal. Hemos encontrado a nuestro paso animales marinos, que, heridos, han venido a la costa a morir. Hemos visto sobre el mar límpido salir los peces de la

del lobo es una gaviota tomada como con garfios de la masa del lobo, a quien viene comiendo a picotazos. Se ha prendido de esa masa, que es, a un tiempo, su embarcación y su comida, y no pierde tiempo. Grande es nuestra sorpresa inicial porque teníamos de las gaviotas el concepto literario: pañuelos blancos, clásicos en todas las despedidas marinas, patinadora del aire, graciosas bailarinas de un ballet supra-aéreo. Y hasta en el son de Nicolás Guillén: "Va la gaviota esquemática, con ala breve sintética, volando apática..."



Cuando hace mal tiempo para salir a pescar, los pescadores aprovechan para rehacer los tramallos, rotos por los tiburones en su lucha por escapar.

Más adelante, el espectáculo repetido de gaviotas no apáticas ya no nos sorprende. Son ellas y los patos maragullones quienes reducen en poco tiempo a forma esqueletrica a los lobos que llegan heridos o muertos a la costa. Vemos como la materia muerta vuelve sin tardanza a integrar de nuevo la materia viva. Y esta conclusión es más patente en este límite desnudo entre el mundo marino, por una parte, y el mundo terrestre, por la otra.

Esas burbujas de aire que se forman rápidamente y desaparecen a nuestros pies, cuando vamos caminando en la orla de las olas, son las almejas que están comiendo, ellas también. Cada ola que llega a la playa extiende brevemente sobre la arena el rico plactón que transporta: millares de seres minúsculos, foraminíferos, noctículas. Y en su busca asoman con rapidez las almejas que viven bajo la arena húmeda. Abren voraces los labios de sus valvas, dan la dentellada y bajan verticalmente a digerir su festín. Encontramos, a menudo, bancos de millares de conchillas, secas, y vacías, que revelan que en la vida del fondo del mar también se muere.

También quedan secos y sin voces los barcos naufragos que estas dos inmensas ensenadas, la de Castillos y la del Polonio, atraen como dramáticos remolinos. Allí están los costillares de los cascos en los arrecifes de las islas y en las piedras de los cubos. Pero, la carga del barco naufrago se incorpora también, y muy pronto, a la vida de la costa. Hace un año un carguero brasileño que transportaba madera encalló en la isla Encantada y desapareció. No así la madera, la que fue apareciendo en toda la extensión de las inmensas playas. Este hecho modificó la vida de la costa. Existían antes pocas y muy débiles chozas de pescadores, las que debían ser hechas con la paja de totora del arroyo Valizas y duraban muy poco. Las chozas se han multiplicado y aquellas maderas les dan duración y hasta gallardía. Los pobladores de la costa bajaron a la playa con caballos para arrastrar tablones. Y el propietario de la madera debió defenderla hasta con un aeroplano. La lucha no ha terminado todavía, y, sin ser radomantes, nos animaríamos a decir que existe en esas playas un subsuelo rico en maderas.

*

Vamos solos, avanzando por un piso de arena que camoia a menudo su firmeza por blandura. No vemos otra persona en todo el dilatado círculo de agua y de arenas que perciben nuestros ojos. El océano es ahora tan luminoso, los médanos tienen ya un dorado antiguo y las nubes son de nácar en un cielo añil, todo es tan mineral y tan brillante que nos parece ir caminando por el borde de un inmenso caracol. Y como si escucháramos justamente una gran caracola, llena nuestros oídos un rumor permanente de olas de mar. Cuando nos acercamos a las islas de piedras, en ese ronco sonido de fondo se incrustan los gritos de los lobos. Son gritos casi humanos, y corresponden en esta época a la lucha empeñada entre los lobos en celo. Se matan disputándose el derecho de perpetuar la vida. Los lobos heridos caen al mar, donde los esperan tiburones hambrientos. Y a nuestro paso, vamos viendo repetidas veces a que poco queda reducido un lobo marino cuando ha pasado por los doscientos dientes de un tiburón.

Todo, pues, lo que destruido, herido o muerto llega a estas costas se lo disputan con saña los elementos vivos. Lobos y foraminíferos, almejas y tablas, caracoles y barcos naufragos: todo pasa, y con presteza, a incorporarse bajo nuevas formas a la vida. Y el sol, ese sol también feroz que me pica en las espaldas y que después despellejará mi piel, es el fuego que calienta esta marmita donde bulle, se mezcla y se transforma una masa líquida de la que sólo vemos el borbotear de las espumas.

Después de varias horas junto a la orilla del Océano, en esta soledad planetaria, advierto que he sido tomado por el ritmo del mar. En el dibujo ondulado que he tenido que hacer en mi camino acercándome o alejándome del mar, siguiendo la línea cambiante del festón de algas que las olas dejan en la arena. En la respiración sonora del mar que se ensancha y se comprime



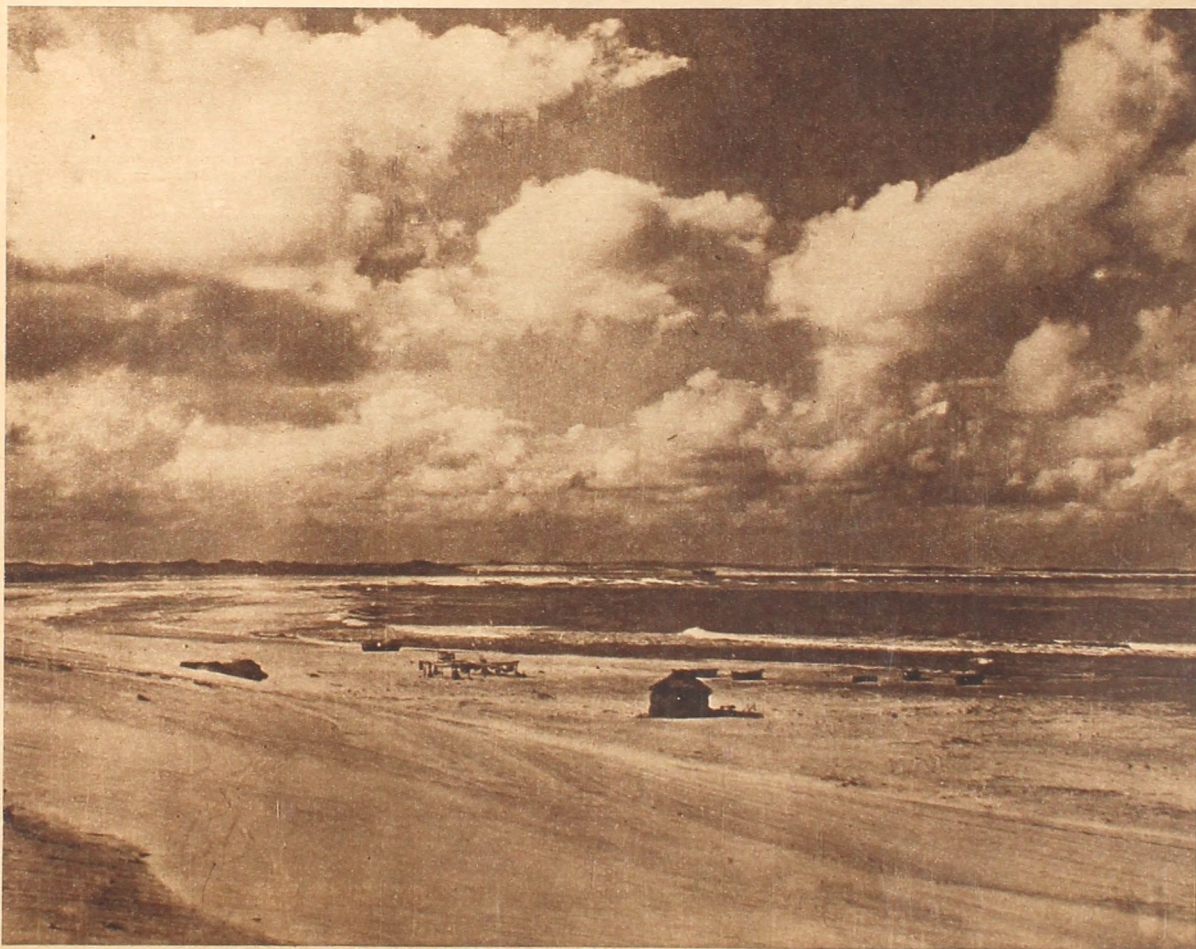
En los médanos y en las playas de Polonio nuestra naturaleza cobra la extensión y la fuerza sudamericanas.

como un inmenso tórax. En todo ello hay un ritmo, un compás, que lleva un gigantesco metrónomo invisible y, no obstante, presente. Y pienso si no será también acorde con un ritmo este paso de la materia viva

de su forma marina a la forma terrestre, que me ha tocado presenciar en mi marcha por el borde del Océano. Límite, justamente, entre dos dilatados reinos que intercambian en estas fronteras sus riquezas, ora en

pacífico comercio, ora en dramáticas transformaciones.

Isidro MAS DE AYALA
(Especial para EL DIA)



Ranchos de totora, tendales para secar las lonjas de bacalao, y unos botes, es todo lo que hay en la barra del arroyo Valizas, en la ensenada de Castillos.

ALGUNOS ALIMENTOS QUE AMERICA AGREGO A LA MESA DEL MUNDO

EN las revistas y periódicos del mundo entero siempre encontramos alguna página dedicada al arte culinario, ese menester imprescindible en la vida y que cada pueblo ha sabido sublimar con su propia sabiduría y su propia cultura —en lo elaborado como en el utensilio— tiene su culminación en la mesa y su rito, el indiscutible y deseado lugar para la buena conversación.

Recuerdo con placer un libro que me fuera regalado del poeta italiano Mario Stefaneli, bellamente ilustrado y cuyo título era "Partenope in cucina", algo que podríamos traducir por "Nápoles en la cocina". El libro, aunque todo él sometido al tema del título —los platos de la cocina napolitana— deja trasparecer el fino estro del autor. La obra mereció en la prensa artículos laudatorios; entre éstos se encontraba el que escribiera Juan Artieri lleno de hermosas sugerencias espirituales. En uno de los párrafos del artículo decía: "¿Se puede deducir del conocimiento de los platos típicos de un país, consecuencias morales, históricas, sociales, políticas? No lo sé, pero desde que el mundo es mundo las naciones se han conocido y satirizado entre ellas mucho más por sus platos nacionales que por las guerras perdidas". Y más adelante, después de citar mil y un matiz de color, gusto y perfume de la cocina napolitana, se pregunta: "¿Habrá que atribuir a esta maravillosa cornucopia de color y sabor el antiguo carácter poético de los napolitanos?"

Creemos que la contestación debe ser negativa; no es la cocina y sus componentes quienes crean el alma poética de un pueblo sino la fuerza irresistible del carácter de ese mismo pueblo que con la eficacia de su imaginación y de su gracia, ha sublimado la cocina. Veámoslo con el ejemplo que tenemos más a mano, con el "pomodoro" —el tomate nuestro— que tanta importancia tiene por color, sabor y perfume en la cocina de ese pueblo. El tomate no era conocido antes del descubrimiento de América; el pueblo napolitano era dos veces milenario cuando el hijo de la marinera Génova, Cristóbal Colón, ponía los pies en nuestro continente.

Y no es sólo Italia la que tomó el tomate de América y lo hizo base y color de su cocina; Francia lo incorporó con su indiscutible encanto e hizo de él un atractivo de su mesa y una poderosa fuente de ingresos al convertirse en una de las principales productoras de este fruto; y son hoy muchos los pueblos que han hecho del tomate un componente importante de su alimentación.

Muchos fueron los productos que tomados del suelo americano Europa los civilizó, los refinó y los incorporó a la cocina universal. De las ciento cincuenta especies de habas y guisantes conocidos, la mayor parte proceden de América (algunos pocos de Asia meridional). Las especies más importantes y las que más se cultivan, las que en español se llaman frijol, judía, etc., en francés haricot, en alemán fiseite, en inglés kidney son de origen americano y se han convertido en el alimento básico de millones de personas.

El maíz, el trigo, el arroz, fue otra de las grandes y tempranas contribuciones de América a la alimentación del mundo. Su historia es larga y ha conocido el nombre de quel, pro, paníces Agustín Parmanier (1734-1813), que la introdujo en la corte de Luis XVI.

No menos interesante es la historia del maíz que era cultivado en el momento del



Comedor de una casa romana. La mesa estaba rodeada por tres lados por altas tarimas las que cubiertas de acolchados y finas telas servían para reclinarse los comensales. En la fotografía vemos como ha sido encontrado el comedor de la casa de Crescensius en Pompeya.



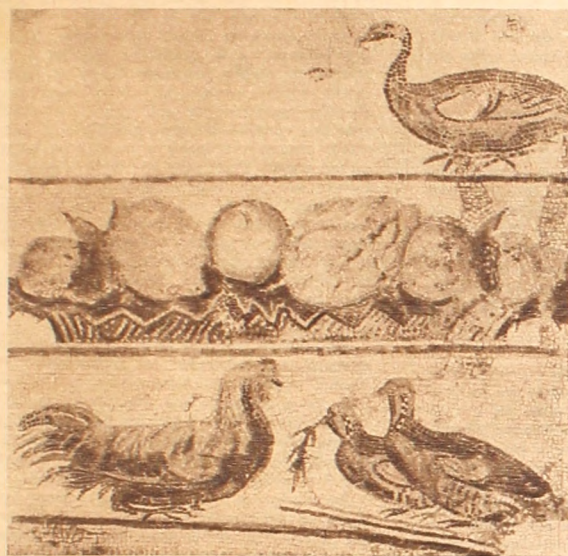
La panadería de Papirio Sabino, en Pompeya. A la derecha las máquinas donde se molía el trigo, a la izquierda el horno donde se cocía el pan.

descubrimiento, en una amplia zona de la América Central y constituía el alimento principal de muchos de los pueblos de este continente. Fue el mismo Colón quien llevó a España el maíz y ya a principios del 1500 se le conocía en el norte de Italia donde su cultivo llegó a tomar verdadera importancia a mediados de ese siglo; pero la entidad que su producción alcanzara en toda la península recién fue conocida en el siglo XVIII.

¿Y qué decir del chocolate, ese producto que ha tomado las más variadas formas del refinamiento y de la exquisitez? Su historia está también ligada al descubrimiento de América; Cortés que lo vio usar a los aztecas, lo llevó a Europa después de la conquista de México cuando presentó a Carlos V la gran colección de plantas y semillas que hiciera formar para regalar al Emperador. Así se inició la historia de uno de los productos más exquisitos que da la tierra y que en la más variada forma bajo todos los climas envuelto en bellos y brillantes papeles son la golosina más apetecida.



La copa y el pan de una mesa romana. Millares de panes han sido encontrados en las excavaciones de Pompeya; ellos sirven hoy día para hacer intercambio con otras piezas de museo. La copa es de vidrio.



Mosaico romano que adornaba el pavimento de un comedor. Se ve en él las frutas y las aves comunes en la mesa de entonces.

de los escaparates y vitrinas de las confiterías del mundo entero.

No pensemos que antes del descubrimiento de América la cocina europea fuese pobre y primitiva; no, ya en la antigüedad los romanos, por línea de herencia etrusca más que griega, llevaron su cocina a límites de increíbles refinamientos y fantasía. Muchos autores clásicos nos han legado páginas que son como la puerta mal cerrada de una cocina romana por donde perfumes de alquimia culinaria escapan para hacernos sospechar que allí se cultivaba con saber el arte de la buena mesa.

Y también la buena mesa no escapa a los cuidados de la Edad Media; pensemos solo en aquellos casi feéricos pavos reales de los banquetes de señores y caballeros. Los otros pavos, los del moco rojo, de buenas carnes sabrosas, no eran conocidos porque ellos también son americanos.

El renacimiento hace alcanzar a la mesa esplendores inusitados al completarla con toda la aparatosa suntuosidad del lugar y la sugestión de alta orfebrería puesta a su servicio.

América amplía el horizonte de una cocina que desde la remota antigüedad venía civilizándose y refinándose más y más; no olvidemos que los romanos introdujeron mu-

chos frutos en Europa traídos del Asia y del Africa, como los limones y los duraznos, y establecido ya el imperio con su red de caminos y líneas de navegación, los frutos que no se podían aclimatar en Europa, eran importados, llegándose a formar poderosas empresas para mantener surtidas las almacenes de las grandes ciudades.

Las comunicaciones, la confraternidad de los pueblos, ha hecho y está haciendo que día a día algunos alimentos se popularicen

más y más, pero no obstante ello, en la medida que los pueblos conserven sus costumbres, sus caracteres propios, en cada rincón de la tierra habrá un color y un sabor que no se encontrará en otro lugar. Y sin embargo en cualquier mesa de cualquier parte del mundo encontraremos algún producto que América ha dado a la humanidad.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA).



Una fotografía que nos dice en toda su verdad la tragedia vivida por los habitantes de Pompeya. He aquí la cocina abandonada casi dos mil años y donde se preparaba la comida que nunca fue servida. Estas ollas no conocieron ni las papas, ni el tomate ni el maíz.

NUESTROS ENIGMATICOS ANTE



Retrato en bronce de un muchacho. Museo Arqueológico de Florencia.

EL descubrimiento del misterioso y, sin embargo, clarísimo idioma de los etruscos los ha puesto en el tapete del mundo contemporáneo que pareciera más dado a descubrir mundos allende el propio globo terráqueo; más que descubrimiento debiéramos decir que se trata del hallazgo del significado de las palabras de ese idioma, cuyo parentesco con alguno europeo no ha sido

posible establecer. Como ya lo afirmaba Dionisio de Halicarnaso, se la debe considerar como una lengua relativamente aislada; aunque últimamente se ha descubierto su semejanza con un dialecto prehelénico del Egeo, hablado en la isla de Lemnos, especialmente.

Pero en esta vuelta hacia lo etrusco no debe verse como único motivo el apun-

no sólo la atracción que ejerce todo misterio develado, sino algo más poderoso y esencial: la profunda influencia que ha ejercido su escultura sobre las escuelas contemporáneas italianas y, por intermedio de ellas en el mundo artístico de hoy. Esto es lo que torna actual la búsqueda de una civilización pequeña en extensión pues sólo abarcó una zona de 150.000 kilómetros cuadrados y de recóndito origen, ya que se diferencia totalmente de los pueblos que fueron sus vecinos, desde el Norte de la península itálica hasta Nápoles y la Magna Grecia.

Antes de abandonar lo relativo a su lengua, mencionaremos ciertas palabras etruscas, algunas de raíz griega que han llegado al latín y a través de este a las lenguas romances. Helas aquí: *pe* sona, *esporio*, *cliente*, *pueblo*, *mundo*, *militar*, *histrión*, *forma*, *norma*, *taberna*, *cámara*, *atrio*, etc. Podríamos duplicar o triplicar la lista pero nos hemos limitado a elegir algunas muy definitorias dentro de la organización social, política y hasta intelectual de un pueblo que, al decir de Arnobio, fue también "genetrix et mater superstitionum".

En esas palabras y aún en esta capacidad de superstición llevada al máximo, que no hemos mencionado al acaso, como se colegirá, comprobamos otra permanencia vital de los etruscos: las regiones donde ellos dominaron continúan estando entre las más supersticiosas de Italia.

La superstición es otra muestra de la vitalidad e imaginación de estos pueblos y no sólo temor a lo desconocido, como acaece en otros más primitivos. Esta ausencia de temor podría deducirse de la alegría que parece emanar de los frescos que adornan sus tumbas (que en el descubrimiento de esta civilización han tenido una importancia comparable a la de los egipcios) y esto pese a la complejidad demoníaca de su mundo de los muertos, revelado por los objetos expuestos en los museos de Crotona, Chiusi, Volterra y Perugia.

Estas tumbas, en forma de casas o túmulos subterráneos, han aparecido en la campiña de la Toscana y del valle del Po; en este último, es común encontrarlas inundadas. Asombra la persistencia y rara calidad de los colores, cuya frescura reaparece una vez despojados del lodo que los recubre. En otras de sus ciudades, más al Sur, Vejo y Cerveteri, las tumbas con sus túmulos se reunían en las colinas y dominaban el bello paisaje. Estos invasores etruscos (tan sabidos en religión, pues luego de conquistados por los romanos, les sirvieron de augures) una vez traspasado el límite de la vida que les hacía buscar las más extrañas y ocultas habitaciones perforadas en las rocas de las montañas, en los despñaderos, como en Tarquinia, abandonaban el temor a las cosas terrenas, y parecían sumergirse en la vida real de esas tumbas construidas como sus casas. Allí iban reuniendo cuanto su civilización original aportó de Asia Menor en el siglo VIII o VII A. C., cuando se supone llegaron a Italia buscando regiones mineras, que ya en tal época eran motivo de migraciones y luchas, pues nada es nuevo en la vida social del hombre. ¿Tras de qué *taumaturgo*, tras de cuál visionario abandonaron su región en busca de esa tierra prometida que está en la raíz de todas las religiones? Nada ha sido posible descubrir en esas diez mil inscripciones funerarias, la casi totalidad muy simples; ni siquiera en el único texto, fragmento de un ritual —con normas para los sacrificios y ceremonias religiosas— manuscrito en tela, que nos ha llegado a través de Egipto y se encuentra en el Museo de Viena, en Croacia.

Vivieron así, enquistados en sus aisladas ciudades de comerciantes y marinos, sin prestarle mayor ayuda, aunque tuvieron una suerte de inoperante Confederación, cuando una tras otra fueron cayendo en poder de sus enemigos, los romanos. Por otra parte esta era la actitud singularmente egoísta y miope de las ciudades más civilizadas de entonces: bastaría con citar los helenos y sus guerras intestinas. Aunque es necesario reconocer que entre los griegos se desarrolló un sentido de comunidad racial e idiomática, origen de su épica, que los etruscos desconocieron, o al menos no ha quedado rastro de ella.

Asombra, acaso, sea muestra de singular mala suerte, el que no haya quedado la menor obra literaria. No es posible que un

pueblo capaz de tan depurada evolución en la escritura y la pintura no haya realizado algo equivoable en literatura; sobre todo cuando poseían rica tradición religiosa muy imbuida de poesía, como sucede en todas las religiones de origen asiático. Puede que en alguna tumba futura llegue a descubrirse el poema épico que condiga con la Iliada y que nos revele el misterio de sus orígenes; la literatura que corresponda a un pueblo que nos ha dado las palabras "persona", "norma", "forma" y "carta". La poesía amorosa correspondiente a una sociedad que fue de las primeras en considerar a la mujer como una compañera del hombre, como su igual; actitud que nuevamente vuelve a desorientar respecto a su origen, pues se aparta de la concepción helénica cuanto de la oriental.

Nada ha quedado, tampoco, de su música, y en esta lógica ausencia se emparenta con todos los pueblos de la antigüedad. Y, sin embargo, su inclinación por ella la atestiguan numerosos frescos donde aparecen flautas dobles, o de tucos paralelos, de indudable procedencia asiática. Con ellas acompañaban todas las ceremonias, desde las religiosas a las deportivas, aún hasta la caza. Una leyenda etrusca narra la captura de los ciervos por medio de la música: Un experto flautista iba al bosque y tocaba hasta la aparición de un ciervo, luego, siempre tocando, y se ponía en marcha y el animal lo seguía fascinado hasta el lugar donde habían armado la trampa de redes. Resulta sugestivo que este duro —en apariencia— pueblo de conquistadores y guerreros alguna vez usara la música en lugar de las armas. Todo esto nos lleva a preguntarnos, en esta semi-incógnita histórica, si este amor por la música no será también una de las raíces de ese inigualado amor que experimenta el pueblo italiano, en especial, en ese dulce y misterioso país de Parma, tan como nacido del encanto etrusco del cual estuvo rodeado?

Empleaban también la lira, la cítara y las castañuelas usadas por las mujeres en las danzas orgiásticas, instrumentos de origen helénico y cuya llegada aún no ha podido establecerse si tuvo lugar con los primitivos conquistadores o si fue debida al predominio que, desde el siglo V A.C., tuvo Grecia sobre el mundo más o menos civilizado.

En cuanto al teatro, sólo es posible conocer el fundamental influjo que tuvo sobre la creación del romano. He aquí lo que narra Valerio Máximo: "Como es usual entre los hombres desarrollar las cosas que tuvieron minúsculo origen, la juventud comenzó a acompañar las palabras de veneración a los dioses con gestos graciosos a través de los movimientos del cuerpo. Luego se invitó a un actor de Etruria. Su esbelta gracia asombró a los romanos como una agradable novedad. Y como los etruscos llamaban *hister* al artista escénico, de allí nació la palabra *histrión*". De todos estos espectáculos sólo nos han quedado en algunos frescos tumbales los de los saltimbancos, que encantaban al pueblo.

Al traducir lo de "esbelta gracia que asombró a los romanos", inmediatamente he recordado una escena que ha quedado grabada en mi memoria: Parma en una lunada noche de verano. Como están abiertas las puertas, entro a un patio interior donde bailan los miembros del sindicato de empleados de Correos y Telégrafos y sus familias. El ambiente es tan familiar como sólo puede serlo en Italia. Bailan todos nuestros bailes aparentemente dislocados de hoy; lo hacen con tanta donosura que me rasman de asombro. Ahora descubro que siglos ha Valerio Máximo había encontrado la expresión exacta de lo que yo sentí esa noche: *esbelta gracia*.

Cuando en 1928 tiene lugar el gran congreso de arte etrusco y, al decir de Paolo Enrico Arias, el arte deja de ser considerado como expresión puramente mecánica de un progreso y una decadencia reducidos a mera categoría, se produce, junto con un cambio de cánón estético, una más justa valoración del arte etrusco tenido hasta entonces como una degeneración del milagro griego, un arte barbarizante.

Y tan no era un arte simplista ni primitivo el de los etruscos que el centenar de tumbas decoradas entre las incontables de la que fue la magnífica ciudad de Tarquinia (hoy Corneto-Tarquinia), puede servir, con sus bellos frescos de dionisiaca al-



Cerámica del siglo IV, a. d. C. encontrada en la necrópolis de Spina, cuyo dibujo es ciertamente muy "moderno": hasta se diría de Picasso.



Estatuilla etrusca en bronce. (Museo Cívico de Bolonia).

ASADOS: LOS ETRUSCOS

para dar una idea de lo fue la gran pintura griega del siglo V A.C. totalmente estilizada. Aquí, existen frescos de tan evolucionada estilización en el dibujo y en la técnica que permiten suponer lo que habrán sido las obras Polignoto o de Apeles.

No es que la pintura etrusca haya sido una imitación, ni esté totalmente influida por la griega, pues lo realmente interesante de ella es que no pierde ese sabor primitivo, y también egipcio, que la distingue y le da personalidad; sabor y raíz a la que ya nos hemos referido y que es aún

bio, artistas y críticos de la primera mitad de nuestro siglo, supieron valorar el dibujo de muchos de esos frescos de Tarquinia, la "maravillosa seguridad con que lograban fijar una figura por medio de una simple línea. Es lógica esta comprensión pues se trata de una pintura dinámica, impresionista, y tan desarrollada técnicamente que se puede comprobar que conocían muchos de los "trucos" y procedimientos actuales; como el empleado por Rodin en sus dibujos a la tinta china, consistente en rodear las figuras con una sombra obtenida por un

las civilizaciones, inclusive en la nuestra, logra entre los etruscos y desde un punto de vista estético una mayor importancia. vale decir, produce obras de mayor personalidad. Y esto resulta fácil de comprobar, pues en los museos no cuesta distinguir sus obras; han creado una escuela. No decimos una manera porque aún en la época en que se halla influida por la escultura griega de la decadencia (siglo II y siguientes A.C. y hasta III D.C.), se libra del manierismo.

El período más interesante, y nos atreveríamos a decir digno de compararse con el griego primitivo, es el comprendido entre los siglos VI y V A.C. De él nos han quedado, cerámicas, como esa pareja recostada de tamaño natural que cubren el famoso "Sarcófago de Cerveteri" (de la Villa del

enigma que se propusieran los creadores: enigma que va desde esta escultura etrusca, a la griega, a la china, y que aflora en los labios del Angel Sonriente, del Angel de la Anunciación en el portal de la catedral de Reims o en los del Tentador, de Estrasburgo o de Basilea.

Sus bronceos no son menos notables. Es digna de verse (por el realismo, más rico y expresivo que el griego de la misma época, y el sobrio y tierno modelado) la cabeza de una corzuela que surge de la loma de una "Quimera", de entre el 500 y 475 A.C., en contrada en Arezzo, y que hoy se puede admirar en ese tan poco visitado Museo Arqueológico de Florencia, que no figura en las "visitas guiadas" de la ciudad. En este mismo Museo, y para terminar, exis-



labro en bronce (530 A. C.) cuya figura entra, como la de la "Oferante", los mismos zapatos etruscos. (Museo de Villa Giulia, Roma.)

La Oferante, bronce etrusco del 550 a. d. C. Típica muestra de la confluencia oriental y griega. (Museo Arqueológico de Florencia.)

Apolo, de Vejo. Del año 500 a. d. C., existente en el Museo de Villa Giulia (Roma.)

notable en su escultura, acaso más peral que la pintura, y que en mayor grado manifiesta en la época —entre los siglos V y II A.C.— en que alcanza su madurez, el cual triunfa el espíritu realista de los etruscos —que tanto marcará el arte italiano de todos los tiempos— sobre el idealismo griego, que en la época helénica se vuelve convencional. Claro está que con esa absoluta dominación de lo lúcido y lo armonioso como un estético que primó entre los críticos del siglo XIX, ninguno de ellos fue capaz de descubrir la importancia plástica del etrusco; cosa que no resulta extraña a quienes tampoco lograron comprender a los contemporáneos; los impresionistas, los vanguardistas (los "salvajes") y todos los movimientos que tuvieron raíz en ellos. En cam-

tono algo inferior al de la silueta y que pasa por debajo de ella, para aumentar con esto el movimiento de las figuras. Los colores que priman son el ocre, el bermellón, negro, azul cobalto y amarillo; colores que habrían de influir tan notablemente en la pintura romana, al menos tal cual podemos verla en Pompeya, y, posteriormente las escuelas de Toscana. Son, en verdad, los colores luminosos del Mediterráneo que, resulta interesante destacarlo, aparecen en los pintores contemporáneos, especialmente en los sajones o nórdicos cuando viven en el Sur. Bastaría con mencionar nombres tan dispares como los de Van Gogh y Paul Klee. La escultura, en nuestro parecer, y aunque la dificultad y lógica lentitud con que se ha desarrollado y evolucionado en todas

Papa Julio, en Roma), que revelan tal soltura en los movimientos, tanta proporción y equilibrio en los volúmenes escultóricos que no cabe la menor duda de que es la obra de un gran artista cuyo nombre, desgraciadamente, se ha perdido. Queda también en ella restos del modelado e implantación de la escultura asirio babilónica, y también de la egipcia; pero en estas figuras de Cerveteri y en las del sarcófago del Museo Británico se nota menor rigidez, hasta diríamos que ellas expresan una mayor alegría de vivir. Todas tienen esa medida y misteriosa sonrisa, que debe haber sido el deslumbrante descubrimiento de algún escultor primitivo, un artesano, y que después ha recorrido, apareciendo y desapareciendo, la escultura y la pintura de todos los tiempos, como una suerte de fascinante

ten unas estatuillas anteriores, pues son del siglo VII A.C., que dentro de su primitivismo (indudable en la torpeza del paso de uno de los "Guerrero", por ejemplo) esconden una gracia y finura tan sutil que al punto se antoja oriental y que, en las figuras de mujer, sobre todo, parecen anunciar ese encanto ya más decadente de las Tanagra, cuya celebridad ha recorrido el mundo y que hacen las delicias de tantos coleccionistas, ya sean auténticas o falsas. Capacidad admirable de tener por bueno lo bello, que los griegos hicieron norma, y que tanta dicha ha dado al hombre siempre inclinado a lo existencial.

Abelardo ARIAS

(Especial para EL DIA.)

La Cola y La Cometa

LEGO el carro. De él se apearon tres mujeres. Don Pedro Trinidad asomó en la entrada de la casa y gritó:

—¡Pasen adelante, pues!

Entraron al vasto comedor de la estancia. —Aquí estarán mejor. Ya es más de media tarde y a esta hora tomo siempre mi café con leche, matizao con algunos bizcochos que sabe hornear la negra Flora. Asina es que... ¡a ver, Gaudencia, sirva el café pa' mí y pa' esta gente!

Momentos después, amo y visitas estaban frente a unos desconocidos tazones humeantes y a una bandeja que lucía la arquitectura de fantástica pirámide de bizcochos.

Una de las mujeres, la mayor, era amputada, morena, de largas trenzas rayadas de gris; otra, joven y agraciada, morena también, con una boca más roja y más fresca que el más fresco y rojo de los claveles. La otra, también joven, rubia, pecosa, feucha; pero de limpio mirar que surgía de un par de grandes ojos verdes. Las primeras eran madre e hija; la tercera, criada guacha en casa de aquéllas, medio peona de las mismas.

Bueno. A don Pedro le llegó la hora del escarbadiente y del cigarro. Se repantigó en su asiento, lanzó dos humadas densas, y dijo:

—Pues sí, Ña Isabelina, las he mandao buscar pa' arreglar de una vez la cuestión del casamiento. O me caso con su hija o no me caso, pero que esto se sepa mañana, sin pasar más adelante.

Las tres mujeres miraron al hacendado, luego se miraron entre ellas, después volvieron a mirar al hombre. Doña Isabelina comenzó a decir:

—La cosa es, don Trinidad, que Dorila todavía no ha determinado nada. Que si esto, que si el otro, ¡qué sé yo!

—Muy bien, muy bien; esto ha de ser Serafin, el otro he de ser yo. Pero Serafin y yo no podemos andar como sandia en carro, al menos yo no estoy dispuesto a eso. Ya ha tenido bastantes horas Dorila pa' pensar con quién va a firmar el contrato, ¿no es asina niña?

Dorila tuvo un estremecimiento. Se desacomodó en la silla, arregló la cuchara en el platillo, llevó la servilleta a la boca, tosió...

—Mire, don Pedro, de verdad no sé pa' qué lao lidiarme.

Hubo un corto silencio después de estas palabras. Volvió don Pedro a chupar el cigarro, hasta que dijo:

—Lo que pasa es esto, Ña Isabelina, y usted niña; lo conozco muy profundamente, y usted lo debe conocer del mismo modo, colijo... este... Serafin tiene veinte y dos veranos y yo cuarenta y dos otoños. Serafin es mozo de linda figura, yo añudao como una tacuara. Serafin baila superiormente, yo agatas valseo algún pericón, y eso mismo sabiéndome del trillo a veces, pues tengo las patas duras a fuerza de bota e'poto, que con ese calza supe criarme. Esas, y tal vez algunas otras, son las ventajas que me lleva Serafin. Pero yo tengo dos estancias y Serafin na' más que dos caballos; yo entodavía enlazo, pialo, jineteo, domo, y descascarreo... cuando hay necesidad, sin duda, pero lo sé hacer; Serafin agatas marcha al trotar yendo pa' alguna esquila, o ayudando en alguna tropa. Este...

Don Pedro atizó su trafoguero a una, lo chupó por lo largo, y se tapó de humo. Y siguió:

—Este... ya ven, hay algunas diferencias. Y usted, niña, sigue cavilando y sacándole el cuerpo a cada uno por lo que cada uno vale y tiene. Pero mire... ¡a ver, Gaudencia, traiga el botellón del licor y las copas!

Entró Gaudencia y dejó sobre la mesa, en una bandeja de plata, un botellón que destellaba un rojo oscuro. Don Pedro llenó las copas.

—Es compuesto de pitanga, muy suave y muy güeno pa' entonar l'ánima. Sirvanse, pues... Pero mire, niña Dorila: usted no puede juntar cama conmigo y con Serafin, y disculpe. Es muy natural que usted, en lo tocante al refecilo, rumbée pa' lao del mozo. Pero... estoy yo del otro lao, con güen techo, superior mesa, breque pa' viajar al pueblo, plata pa' lujos, y... Con Serafin usted se lucirá en alguna fiesta, pero será na' más que Dorila, y terminará lavando pa' alguna estancia, o cinchando en algún conchavo. Conmigo será doña Dorila, tendrá amigas copetadas, y cinchará pa' usted dos pionas. Eso es, pa' cortar, lo que pesa niña, lo sé, lo comprendo. Pero sabiéndolo y comprendiéndolo he resuelto apretar el último tiento a este pasador que ya está pasao de largo. Coman y duerman esta noche en mi casa, levántense a la hora que quieran y desayunen lo que les parezca; pero pa' la hora del almuerzo me dirá si o no. Y créame que cualquiera de las dos resoluciones me caerá como agua en enero. ¡A ver, Gaudencia, haga pasar la visita al cuarto de los huéspedes, y que no les falte nada!

Y sin decir más se levantó don Pedro y salió puerta afuera haciendo sonar espuelas. Las tres mujeres quedaron como loros que les cae arriba un balde de agua.

Casi anocheado volvió del campo don Pedro Trinidad. La rubia feucha estaba en la puerta del jardín gozando de la magnífica serenidad de la tarde. Las otras dos habían quedado en el cuarto.

La rubia vio llegar al estanciero, en un galope largo. Jinetee, había perdido toda su dureza física. Montaba airoosamente, echaba un noble dominio todo él. Se tiró al



José MONEGAL

suelo y cuando avanzó hacia la casa la vio. Enderezó a ella.

—¿Y la demás gente?

—Adentro, don.

—Ta bien... ta bien...

Cenaron. La negra Flora se lució presentando una gallina, patas arriba sobre una gran bandeja, rodeada de un rosario de papas fritas; y un tarro de huevos quimbos que no haría papel en el banquete de Trimaliación. Don Pedro sirvió vino. Luego dio las buenas noches y salió.

Una hora después el estanciero comenzó a revolverse en su cama. Le estaba royendo el sueño un vocerío que empezó veladamente y fue subiendo de calibre. Se despertó del todo. La cosa era en el cuarto de huéspedes. Voces airadas subían y bajaban; chocaban y se sacaban chispas. En camiseta, embombachado y enchaucletado, salió y se arrimó al avispero. Al pasar por el comedor se detuvo sorprendido. En uno de los sillones estaba la rubia que, al verlo, se levantó de golpe. En voz baja el hacendado le dijo:

—No se altere, niña, siéntese. ¿Qué por qué están friyendo ahí?

—Es por la cuestión del casorio. No me dejan dormir, me vine al comedor... Desculpe don Pedro.

—¡No; si ha hecho muy bien! Yo mismo rumbíe p'acá encalabrino por el asunto. El porro sé güina. Doña Isabelina estaba, al parecer en el sumo de la ira. Pero Dorila no le iba en zaga. La viuda abogaba por el bienestar seguro de su hija, sobre el precario vivir que le daría Serafin. Y Dorila gritaba:

—Prefiero morir de hambre con el de mi gusto y no vivir panzuda al lao de un carcamán...

Don Pedro comenzó a reír. La rubia, un poco alarmada, le preguntó:

—¿De qué se rie?

—Y... ven nomás por ande las dos tienen razón.

—¿Razón? Usted no es ningún carcamán, don Pedro.

Trinidad enderezó al cuarto del bochinche, llamó con sonoros golpes y dijo:

—¡A ver si terminan con ese pleito y me dejan dormir que mañana tengo roleo! Pasó de nuevo por el comedor y se dirigió a la rubia:

—Váyase a dormir, niña.

Temprano salió don Pedro. Sobre las once volvió. Se lavó, tomó unos mates, y marchó al comedor. Hizo llamar a las tres de la visita.

—¿Qué tal, Ña Isabelina, durmieron bien?

—Sí señor.

—Güeno, aura vamos a comer mejor. ¡A ver, Gaudencia!

La señora levantó la cabeza, miró al hacendado, y comenzó:

—Don Pedro, hemos resuelto...

Fue cortada la oración por el hombre.

—Ustedes habrán resuelto lo que han resuelto. Pero antes lo he hecho yo. Y es esto: no me caso con la niña Dorila, que sería muy triste enyuntar un carcamán con una estampa. Ahí está Serafin.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Yo les dare quinientas cuerdas. Con eso la niña tendrá el buen pasar que usted le busca... si el hombre sabe trabajar.

—Pero...

—¡No hay pero que valga, he dicho! Yo he pensao preguntarle a esta rubia, si quiere pasar a vivir en esta casa y estancia, como dueña y señora de tuito, dentro de yo sin duda...

Un mes después, en el caserón de don Pedro Trinidad, se celebraron los dos casamientos. El hacendado hizo un aparte con varios de sus amigos. Estaba alegre y locuz. Decía:

—El finao mi agüelo por parte de madre, que era un gringo bastante refinado, y que fue quien prencipió a trabajar este campo, en llegando la primavera le daba por hacerme unas cometas machazas. Muy bonitas, engueltas en unos papeles que hacían traer del pueblo, con un flecaje que era un lujo y roncadores que se oían a una legua. Las colas las hacía de orillo... mejor dicho, hizo una cola sola que le dio pa' tuitas en el correr de diez años. Las tales cometas se deshacían, duraban poco, hubo año en que me hizo hasta tres. Pero la cola siempre fue la misma: fuerte, suave, bien atada, superior... Yo... en esto de mi casorio, elegí la cola: la cometa será muy linda con su flecaje de fantasía, su roncador entusiasta, y sus colores cantores; pero la cola es lo que vale en el remonte... Y créame: pa' esta que elegí yo sé un barrilete con varillas de caña mamba atadas con piolín de apacejo; y aunque el papel sea de envoltorio les garanto que subiremos alto y coletiaremos muy superiormente... y por muchos años. ¡A ver, Gaudencia, traigo otro botellón de licor!

José MONEGAL

Dibujo del autor

(Especial para EL DIA)

RECUERDE UD.

MODERNOS PLACARES!!



El mejor esmalte para cualquier superficie



ERWY SCHOOL



INSTITUCIÓN DE ENSEÑANZA DE INGLÉS - ESPAÑOL. Secretariado, Secundaria, Primaria, Nursery para niños, desde 2 años. Pápuas - Pupils - Externos. Horario de 10 a 13 y de 17 a 20. Tag. Luis P. Ponce 1924 - Tel. 41.29.90

UNA reciente edición de los "Versos criollos" actualiza la mercedamente recordada y a veces discutida personalidad poética de Elías Regules, varón de vasta cultura, universitario eminente, que concilió la cátedra y el ejercicio de la medicina, con la vertiente criolla, con lo terruño y entrañable del paisaje propio. Demostrando que las disciplinas del intelecto no apartan de las fuentes del sentimiento, cuando éste tiene raíces tan hondas como los árboles nativos. Lo dice bien en una estrofa: "Yo elogio la ilustración / y a sus ventajas me amparo, / como lo prueban bien claro / mi vida y mi profesión. / Pero la alta percepción / que en la cultura se encierra / no ha sido grito de guerra / para matar en mi pecho / el gusto franco y derecho / por las cosas de mi tierra."

Antes que por sus versos, la memoria de Elías Regules se nos entró en el afecto por un solo detalle de ribete sensitivo: cuando supimos que tenía en su consultorio una jaula habitada por alborotadores pájaros criollos. Por aquí empezamos a estimar su recuerdo.

La ascendencia ibérica cuajó en este hijo del solar uruguayo con toda la pujanza de la raza a la que debemos los americanos lo mejor de nuestras virtudes y aun lo mejor de nuestros defectos. Pero el abuelo español echó raíces en esta tierra, desde la época lejana en que el Mariscal Vigodet gobernaba el Río de la Plata, como lo prueba el nombramiento suscrito por éste, designando a D. Antonio Regules, Subteniente de Artillería, fechado el 5 de junio de 1814. Uruguayo fue el padre, el primer Elías, afincado en Sarandí del Yí, cuya esposa vino un día hasta Montevideo para tener al hijo que se llamaría también "Elías" y sería "doctor"... Refiere la crónica familiar que aquél fue Alférez de Guardias Nacionales, en los años bríosos de la Defensa, y que ya viejecito y sin fortuna, se le ofreció un ascenso para que pudiera percibir sueldo de Teniente; a lo que respondió el león viejo que "prefería seguir siendo Alférez de la Defensa antes que Teniente en los tiempos modernos". Respuesta que pinta un carácter y un orgullo: el mejor legado para su descendencia.

Elías Regules, el médico poeta, nació en 1861 y su infancia transcurrió en medio del ambiente campesino de una estancia oriental de aquellos tiempos, en Durazno; allá en "su pago" de Malbajar. Aprendió temprano a amar su rincón agreste, a conocer el canto de las aves, el nombre de los árboles y las duras tareas de los hombres. No lo olvidó nunca. Criollismo acendrado, que no podrán destemplan títulos ni rangos universitarios. Tenía ocho años cuando, pasajero en carreta de bueyes, salió de Malbajar hacia la capital, a cursar sus estudios. Y cuéntase que el niño, de precoz sensibilidad romántica, salió de la casa paterna dando la espalda a los ranchos del camino, con el corazón apretado de angustia, sin querer mirar el mundo de la niñez que quedaba detrás suyo, porque prefería irse sin despedidas de ese escenario entrañable.

Fue brillante el alumno Regules. Brillante y de carácter. Cuando la colación de

ELIAS REGULES

grados, como Bachiller, que se realizó en el San Felipe en 1883, estilándose entonces el uso de la banda y el birrete para los graduados, debió, como sus compañeros, formular la proposición de rigor; y sus palabras sonaron como un desafío: "Cuando una Universidad impone en pleno siglo XIX ceremonias ridículas para conferir sus grados, inflige un vejamen al progreso y un insulto a la civilización de la época". Fue el escándalo. Y —aunque permitiéndosele rendir exámenes— se le expulsó por dos años de la Universidad, a menos que se retractara. No se retractó, naturalmente. Y

Aquella recia fibra no sólo le sirvió a Regules para lucir el primor de sus décimas, en fiestas de tradición criolla. Pues conviene recordar que en momentos difíciles, cuando la dictadura cerró la Universidad, supo enfrentarla, apenas quinceañero y ya con un profundo concepto de civismo, fundándose por su iniciativa, en 1876, la Sociedad Universitaria, réplica altanera a la clausura de la tiranía. "Y fue un adolescente, casi un niño —evocaba el doctor Manginou— el elegido por el destino para realizar esa obra de aliento". Era asfixiante y peligrosa aquella hora. Y el alumno se ar-

se llegó a la cumbre para evitar el infortunio del descenso".

Pero para ese entonces era ya el autor celebrado de muchas poesías que se hicieron populares y prendieron en sus compatriotas, por la nobleza del motivo vernáculo, accesible y llano. Y era, fundamentalmente, el autor de "Mi tapera", que resume toda su melancolía, cuando regresaba al rincón donde despertaron sus primeras emociones. Regules volvía siempre a Malbajar, en verdad, durante sus vacaciones; pero cierta vez, diez años pasieron una pausa larga, y al cabo de ellos no encontró más al rancho antiguo. Se había desmoronado el mundo de su niñez. Y las memorias atropellándose y doliendo, inspiraron el más célebre de sus poemas, "Mi tapera", hoy "Entre los pastos tirada / como una prenda perdida".

Volverán a pasar los años. Y un día, muerto hacia tiempo el trovador ilustre, otro de su sangre y de su nombre, el tercer Elías del linaje oriental, médico como el padre, y también poeta a ratos, entona junto al arroyo que bautiza la región, su "Oración a Malbajar", retomando el tema paterno: va "en busca del recuerdo / que en cada pasto está escrito", y comienza confiándonos, con acento conmovido: *Vuelve al pago Elías Regules / aunque no es el que cantó / su rancho, que tanto amó, / bajo estos cielos azules; / pero trae en sus baúles / nostalgias del pago llenas / porque corre por sus venas / la sangre de aquel cantor / y oye una voz interior / que a esta tierra lo encadena.* La heredada emoción prolonga sus vibraciones en el actual Elías Regules, que se ufana de haber ubicado el lugar exacto del rancho derruido, emplazando allí en 1947, traída de su propio solar de Malbajar, una enorme piedra, de varios miles de kilos, en la que se incrustó una sobria placa que reza: "Mi tapera" —Elías Regules — Sus hijos". Recordatorio pleno de significado íntimo, al que se añadió años después la estela erigida por "La Criolla".

Elías Regules nació el 21 de marzo, y en gloria suya, el "Día de la Tradición" se conmemora en esa fecha; murió en 1929, y este año se cumplen, pues, treinta de su desaparición. Estos "Versos criollos", ungidos de sentimiento, comprensibles para todos, amasados con materia humilde, como el hornero hace su nido, lo ponen de nuevo en pie, al alcance de algunos que ya lo han relegado un poco o de otros que no lo conocen todavía, porque las generaciones se renuevan, y cada una debe aprender lo que ya la anterior comienza a olvidarse. Pero sabe decir lo suyo, aquel que encaneció cantando las cosas de la patria —"Yo no cambio mi patria por ninguna, / no por mejor, sino porque es la mía".— y surge de nuevo su voz criollísima cálida, simpática y sonora, rimando su mensaje gauchesco.

También el Cid ganaba batallas después de muerto...

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DÍA)



Una simpática y recia estampa de "paisano": el poeta, en Malbajar.

nos parece oír en la voz del joven, el acento indomito del padre que rechazaba un ascenso en horas de paz.

Tría encendido el ánimo para guerrear por sus convicciones. Ya estaba, médico flamante, en el umbral de su destino, y su nombre sonaba también en ruedas de poetas, principalmente en aquella de "El Fogón", donde Alcides de María y Orosman Moratorio arrimaron su verbo campiro, y en cuyo braserío el muchacho de Malbajar templó el coraje y calentó las cuerdas de su guitarra rioplatense. Cantó con pasión y sin pretensión, y lo que en él hay de universal, es por la porción de anhelo individual que lo universal abarca. Natural y sencilla la forma, claro, viril y directo el lenguaje, florida y limpia la metáfora, todo de barro genuino, sin extranjerismos, arrancando del suelo propio la expresión autóctona de un sentir recibido de aquellos bisabuelos gauchos que dieron la bravura y la vida para forjar dignamente una nacionalidad. Confesamos que a nosotros, ajenos por nuestro origen a la tradición de América, con pocas generaciones en el Río de la Plata y muchas tirando hacia el otro lado del Atlántico, con una leyenda nórdica que habla de mar y viajes, y no de tierras y gestas de centauros, nos impresiona y atrae como un bajorrelieve esculpido en la falda de nuestras colinas, esta aventura de hombre y caballo, que se recoge y narra como un episodio de mitología gaucha, en esta poesía épico-lírica, de la que Regules es un exponente representativo. Sentimos su necesidad y su grandeza, aunque a veces no manifieste un mundo al que no nos hemos asomado sino a través del lenguaje literario. Por eso acaso nos sentimos más cerca del verso de Regules, que no abusa de pintoresquismos ni desfigura el léxico, y encuentra así el modo más eficaz de comunicación poética.

gió en maestro, empujado por las circunstancias. La iniciación en el profesorado —recordará el Dr. Alfonso Lamas— fue en la Sociedad Universitaria y en una época en que los jóvenes como él acumulaban clases porque no había quien las desempeñara, pero no acumulaban sueldos porque no había quien los pagara".

Formó hogar siendo muy joven. Fue su esposa, una linda muchacha uruguayo, de cepa catalana, Státira Molins, de su misma edad y nacida como él en marzo. Y el suyo fue uno de los primeros matrimonios que en Montevideo se sancionaron tan sólo con la ceremonia civil. En la casa de la calle Yí esquina Mercedes, nacieron sus seis hijos, y se le ensanchó la existencia al joven profesional, que en 1894 fundó "La Criolla", destinada a mantener encendida la llama de la tradición, esa tradición que llegaba del pasado como lección y ejemplo, es el mejor sustento del presente. Un lucido desfile de gauchos a caballo por las calles céntricas, cosa inaudita entonces, rubricó la jornada fundadora del 94, y suscitó una vehemente polémica con Carlos Blüxer. Pero ambos contendores eran hombres moldeados en virtudes de caballería, y quedaron amigos para siempre.

Y "sumando fuerzas chicas —como dijera con modestia, aunque no fueron tan chicas— para una empresa grande", llegó al Rectorado de la Universidad, más allá de su cóncono, entre el respeto de todos, aun de los que discrepaban con sus opiniones; que este de los adversarios es el homenaje más valioso que pueden recibir aquellos cuya actuación despierta el comentario público. Jovial y dicharachero en la tertulia amistosa, era riguroso y justiciero en sus obligaciones, que asumía con entereza y responsabilidad, estricto en el deber, convencido de que "hay que mantener el tono con que



En 1894: al fundar "La Criolla".



El doctor Regules en 1921.



El "trecito del pueblo", evocación de una época que algunos de serían que tuera del pasado... (Piriápolis).

ES posible que desde el punto de vista geopolítico resulte más importante considerar las razones históricas para decidir en relación a la soberanía sobre las aguas platenses, que ocuparse de demostrar que el Río de la Plata es un estuario u otro elemento hidrográfico cualquiera. Pero desde el punto de vista de la hidrografía científica resulta fundamental la realización a corto plazo de un estudio serio y exhaustivo del Plata, sin tener en cuenta en forma alguna los requerimientos de la geopolítica. Por otra parte ese estudio debió rea-

lizarse ya, por los esfuerzos combinados del Uruguay y de la Argentina, países ribereños; pero sólo se ha llevado a cabo en forma unilateral, esporádica y muchas veces siguiendo un fin utilitario. El público bonaerense y montevideano, cuando se congrega en verano en las playas oceánicas, suele hablar despectivamente de "las aguas sucias y salobres" del río como mar, olvidando que éste ha sido y es el camino de la civilización hacia el interior del continente. De todas maneras, y a pesar de la hermosa coloración azul que el Plata suele

LA PERSONALIDAD HIDROGRAFICA DEL PLATA

adquirir durante las tardes apacibles, sus aguas están cargadas frecuentemente de aluviones, porque aún siendo estuario, no deja de cumplir por lo menos en parte con la función que la naturaleza ha confiado a los ríos: "llevar la tierra al mar". También su salinidad resulta fluctuante, ya que su seno es recorrido por corrientes contrarias y parcialmente superpuestas, la de las aguas fluviales que tienden a descargar en el océano, y las de este último, más densas, que resbalan por el fondo. Precisamente esa doble circulación configura la característica más saliente de los estuarios, y no la forma de las desembocaduras fluviales ni las modalidades de las mareas, ya que las formas varían al infinito (existen lagunas litorales y fiordos que se comportan como estuarios) y existen estuarios apenas influenciados por la acción de la marea, hasta el punto de que la afirmación de que "la marea limpia de aluviones las desembocaduras fluviales estuáricas" resulta con frecuencia un contrasentido para los estuarios que carecen prácticamente de marea y que

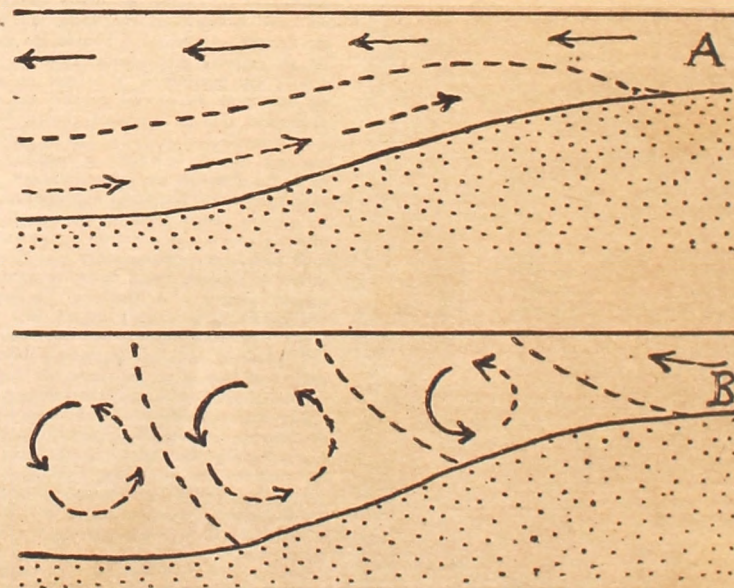
se van colmando paulatinamente.

Así como diccionarios corrientes, utilizados por nuestros alumnos, atribuyen al Uruguay una riqueza insospechada en bosques maderables y una fabulosa cosecha anual de café, dan definiciones realmente extraordinarias de los estuarios, las que en esta era atómica y de satélites artificiales, parecen reminiscencias de la más remota antigüedad. Y todo ello como si la hidrografía científica no existiera, como si no hubieran sido llevadas a cabo las numerosísimas investigaciones acerca de los estuarios por los norteamericanos, los australianos, los japoneses, los rusos, los franceses, etc., resultando de ellas una abundante bibliografía. En la Argentina y en el Uruguay, países ribereños de un grandioso estuario, esas investigaciones, ya que no se realizan con la debida intensidad deberían estimularse cada vez más.

Si no podemos imitar los amplios y detallados trabajos sobre hidrografía estuárica realizados por norteamericanos y canadienses, tratemos de seguir por lo menos la senda que han seguido los australianos, que han llevado a cabo notables estudios de sus estuarios. Así evitaríamos que frente a los problemas que plantea al investigador el Plata, se hagan siempre las consabidas preguntas: "¿Dónde empieza y dónde termina el Plata?" y "¿Es el Plata un río, un estuario o un golfo?", hechas generalmente por personas que no tienen la menor idea de lo que es régimen estuárico y para

quienes las definiciones de diccionario tales como "estuário: desembocadura fluvial limpia de aluviones" o "desembocadura fluvial afectada por las mareas", son algo así como la panacea de los conocimientos hidrográficos.

Pero remontémonos todavía desde las definiciones de los diccionarios hasta las que han dado los que en alguna forma se dedicaron a escribir sobre el Plata. Unos han tratado de demostrar que su álveo corresponde a un valle hundido, otros se han preocupado por saber hasta dónde llega el efecto de la marea oceánica y algunos sólo atinaron a observar que se trataba de una desembocadura fluvial de orillas divergentes (que convergieran si se prolongaran...). De todos modos estos autores vivieron otra época, y sus planteamientos y soluciones, exactos o no, resultan loables. De aquel entonces, la hidrografía que fue tan descriptiva como la geografía de otros tiempos, se convirtió en una ciencia integrante de la geofísica moderna. Se sucedieron los grandes trabajos de Stommel, de Glan-



Circulación en los estuarios australianos. En "A" resbalamiento en capas, de aguas de distinta salinidad de los estuarios del Oeste. En "B" circulación celular en los estuarios del Este, afectados sensiblemente por las mareas (según Rochford).

geaud, de Pritchard, de Rochford, de Ket chum, de Guryanova y decenas de otros investigadores; se constituyó un cuerpo de doctrina y se formó una abundante bibliografía, y ya nadie duda que hay estuarios y estuarios y que la forma de las riberas, la condición de valle hundido o los efectos de la marea, si bien influyen en la formulación del concepto de estuario, son menos importantes que la definición del régimen estuárico o mejor aún de la dinámica que caracteriza a esos elementos hidrográficos. Por otra parte, lo importante es que se ha llegado a ofrecer una definición de régimen estuárico no "a priori" sino después de innumerables estudios, seguidos de fecundas síntesis.

Cuando los delegados uruguayos asistieron a la reunión geográfica de Santa María (Río Grande del Sur), el profesor Thofehn planteó el problema relativo a la posible condición de estuario para el llamado río Guaíba, que desagua al Norte de la Laguna de los Patos. La discusión se orientó en el sentido de que cualquiera que fuera la forma de la desembocadura, al no existir un régimen estuárico, el Guaíba, carente de la doble circulación y de la mezcla parcial de aguas de distintos orígenes y salinidad, no debería ser considerado como estuario. Tal planteamiento estuvo basado en el resultado de las investigaciones hidrográficas modernas, resumidas en tiempos recientes por Emery y Stevenson, Pritchard, Rochford y desde el punto de vista biológico por Hedgpeth.

Actualmente, cierto tipo de lagunas litorales (lagoons), de fiordos y de bocas fluviales simples, son considerados como estuarios si en ellos ocurre la doble circulación (agua superficial de descarga fluvial y agua marina, profunda y marchando en sentido contrario) y la mezcla de aguas, provocada por la marea, el viento o las turbulencias originadas por la descarga fluvial. Pero esta circulación no es sencilla, sino en determinados estuarios y en determinado momento. Con frecuencia, la masa de aguas estuáricas toma un aspecto celular, ocurriendo en cada célula un tipo de circulación particular, fenómenos que analizaremos al detalle en un próximo artículo. Aquí sólo nos limitaremos en consignar que la marea, tan importante en algunos estuarios canadienses y europeos carece de una real efectividad en el Plata, donde resultan más importantes los efectos provocados por el viento. De esa manera, no se puede sostener que la marea limpie de aluviones el álveo platense en la misma forma como lo hace en ciertos estuarios de la Gran Bretaña o de Alemania Occidental. Por otra parte, y debido a la existencia de un verdadero circuito cerrado que puede durar bastante tiempo, se establece en algunos estuarios un verdadero "bouchon vaseux" que hace que los aluviones de descarga vuelvan nuevamente al seno estuárico, tardando mucho en depositarse. El tremendo espesor de los depósitos sedimentarios del fondo platense, ha hecho pensar a un autor argentino que se trataba de un delta hundido; ese autor pareció reacio a admitir que también en un estuario puede ocurrir una sedimentación intensa, sin necesidad de atribuirle a un proceso de tipo deltaico.

Aunque el aumento de la salinidad aumenta la floculación del material fangoso, los copos formados elevados por las turbulencias causadas por la acción del viento o marchando dentro del circuito cerrado a que hemos aludido tardan mucho en depositarse. Cuando lo hacen vuelven a ser elevados por la acción de las olas de temporal, dando al Plata su característico color marrón amarillento o rojizo.

Desde el punto de vista científico resulta objetable que se estimule el estudio del Plata, sólo con el objeto de mejorar los rendimientos de pesca o persiguiendo otros fines utilitarios. En Estados Unidos, Canadá, Australia, Japón, Francia, etc., los estudios hidrográficos no están condicionados por los problemas de productividad o de utilidad, y sin embargo es en esos países donde se han obtenido los mejores resultados, tanto desde el punto de vista teórico como del práctico. Porque resulta absurdo que veamos antes los canales, los peces, las playas turísticas y los problemas jurisdiccionales, sin ver primero el estuario mismo, en toda su amplitud y grandeza, con todos sus problemas, que como ribereños del Plata, estamos moralmente obligados a resolver.

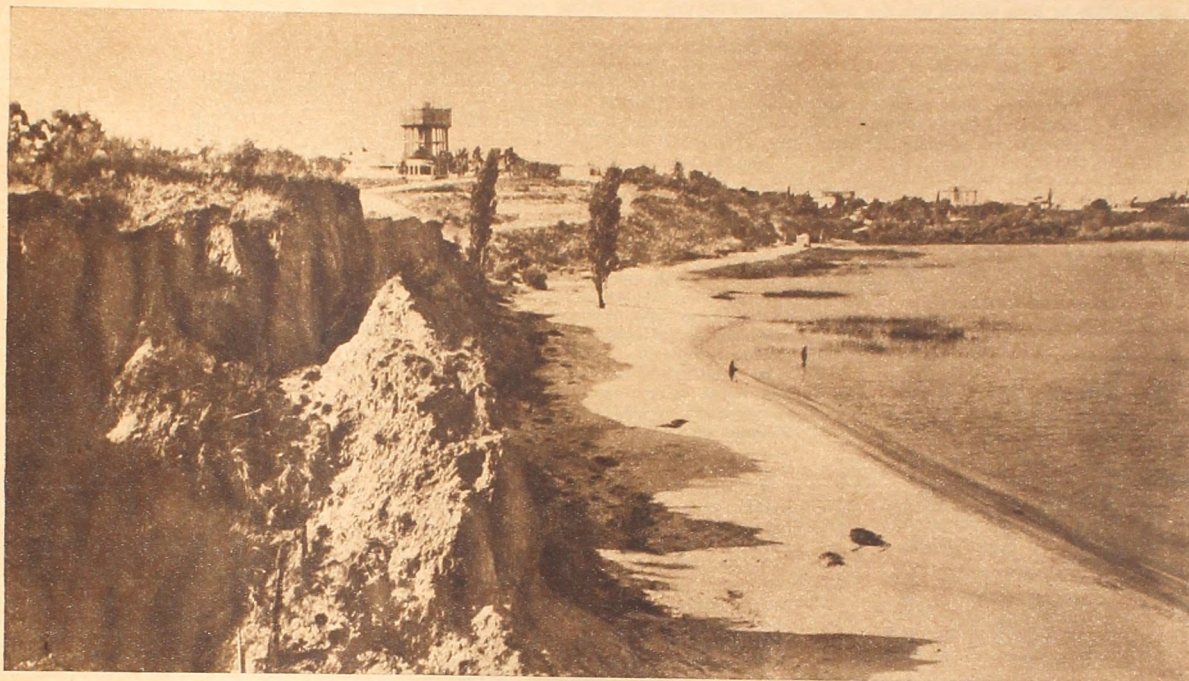
JORGE CHEBATAROFF

Fotografías y dibujo del autor.

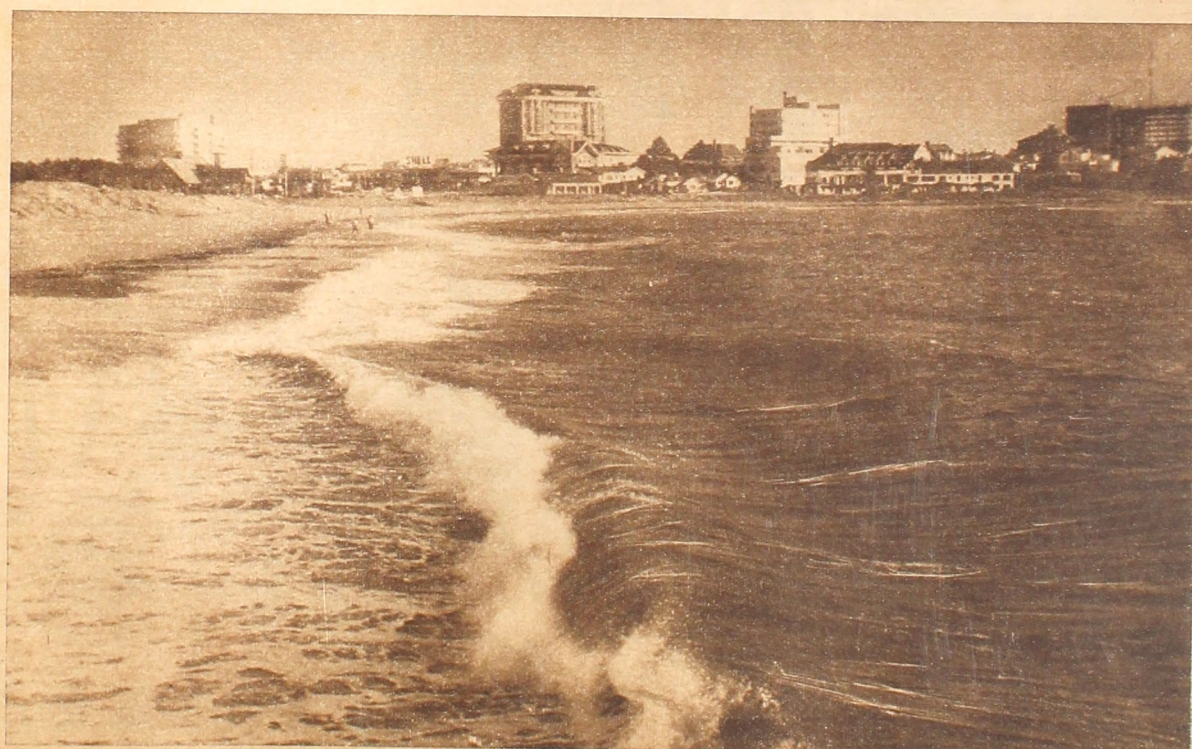
(Especial para EL DIA)



Es posible que estas terneras, hayan sido atraídas por la majestuosidad del río, y deambulan admiradas por los arenales costeros.



Colonia del Sacramento también tiene su playa y sus barrancas junto al "río como mar".



Las olas de Punta del Este dibujarán sus gráciles volutas al alcanzar la Playa Mansa. (Foto Núñez).

EL CARNAVAL Y LA MUSICA

ES muy fácil comprobar que el Carnaval tiene una ascendencia milenaria, e infinitud de ramificaciones en las muchas celebraciones que se efectuaban ya en la más remota antigüedad.

Se le vincula directamente con las SATURNALES romanas, pero éstas, a su vez, provienen de fiestas efectuadas en épocas aún más antiguas, y así sucesivamente, hasta las raíces más lejanas de la Historia de la Humanidad.

Lo importante es que el Carnaval, tal como hoy lo conocemos, conserva reminiscencias y supervivencias de todos estos orígenes. En unos países, más; en otros, menos; pero siempre y en todas las latitudes hemos de verificar que satisface un complejo de necesidades psicológicas de contenido social completamente diversificado.

En el Brasil, por ejemplo, donde muchas religiones fetichistas viven y proliferan clandestinamente, el Carnaval ha servido de marco legal y público para actos mágicos y de encantamiento. A esto se une el simple contagio del bullicio, del desenfreno, y también de la sana alegría con que muchos sectores populares exteriorizan sentimientos sin una definida trascendencia.

Hay también países donde el Carnaval coincide con algunos de los fenómenos cíclicos de la naturaleza, tales como los esperados preanuncios de la Primavera, el deshielo permitiendo nuevamente la aper-

tura de la navegación, y muchos otros hechos que pasaron a condicionar de manera específica esta magna fiesta.

No ha de resultar extraño, por lo tanto, que el Carnaval, dado su contenido humano tan vasto y perdurable, haya influido como tema principal, en la creación de obras literarias (poemas, cuentos, novelas), pictóricas, y también musicales.

Por más pequeña y somera que sea, cualquier reseña de las composiciones inspiradas directamente en las llamadas carneste-lendas, ésta nos ha de proporcionar de igual modo, un panorama muy interesante. Y aun cuando abarca a tan sólo límites muy restringidos en toda la extensa humanidad del Carnaval, siempre nos presentará mundos expresivos muy diferentes entre sí.

La OBERTURA CARNAVALESCA de Anton Dvorak, difiere, y no tan sólo como resultado de la estilística y modalidad del compositor, del CARNAVAL ROMANO de Héctor Berlioz. Este, a su vez, proviene de aptitudes psicológicas y colectivas, muy diferentes a aquellas que reconoceremos en el CARNAVAL Op. 9 de Roberto Schumann. Y más distintas aún son las que nos pueden impresionar en el MARACATU de Francisco Mignone, obra que en muchos conceptos fundamentales, revela un mundo esencialmente contrastante con aquel otro que identificamos en el MOMO PRECOZ de Héctor Villa Lobos.

Son diferencias que provienen directamente del contenido complejo del Carnaval en sí mismo, y que en un sentido u otro toman cuerpo en las predisposiciones sensitivas de los compositores.

Es de señalar que el cuadro turbulento, y de cierto modo apasionante, de esta fiesta de multitudes, adquirió, durante el transcurso del último siglo, aspectos completamente originales en las costumbres autóctonas de nuestro continente.

El caudal bibliográfico es muy escaso, pero todos los recuerdos y experiencias que se conservan en este particular, pueden revelar un cúmulo de materiales de gran valor, para el estudio de la compleja psicología colectiva.

Y lo que torna más interesantes aún, todos los datos que se pueden ordenar respecto a los Carnavales de Bolivia, Chile, Perú, Venezuela, México y Brasil, es que se admite plenamente, en los estudios de etnología, la existencia de verdaderas supervivencias de costumbres precolombinas que, unidas a tantas otras, derivadas de la transculturación europea y africana, confi-

guran para nuestra América un panorama tanto más diversificado y de abundantes fuentes.



Sergio Diaghilew, Nathalie Gontcharova, e Igor Strawinsky, que llevaron al ballet, con "Petruchka" y "Pulcinella", escenas tradicionales del Carnaval.

Esto excede, evidentemente, tanto en extensión como en profundidad, el cuadro usual de la música culta, que tan sólo puede acercarse a este vasto escenario expresivo, mediante aspectos ocasionales.

Así lo ha hecho Héctor Villa Lobos, cuando recoge y transmite, en su fantasía para piano y orquesta (MOMO PRECOZ), la alegría de los niños cariocas celebrando un prematuro carnaval.

No tan feliz ha sido Francisco Mignone, en el cuadro orquestal titulado MARACATU DE CHICO REI. Este notable músico, que tan sabiamente se ha acercado a muchas otras realidades musicales del pueblo brasileño, se ha apresurado en estas circunstancias, a brindarnos una expresión pintoresca, naturalista — superficial en su-

ma — de uno de los más dramáticos cortejos que en tierra americana, se efectúan durante el carnaval.

En realidad, el MARACATU, como manifestación callejera, de la ciudad de Recife, en el Brasil, constituye una de las expresiones más vigorosas y originales de la música popular del Carnaval de aquel

país, y también una de las que reúne complejos culturales y supervivencias remotísimas, cuyo conocimiento, es todavía precario dentro de las disciplinas que alcanzan a dominar los compositores eruditos y de élite.

Creemos que la influencia del Carnaval en la música culta ha de motivar, no obstante, y durante mucho tiempo aún, la creación de muchas otras obras de características distintas e inclusive opuestas, con tanta mayor autenticidad cuanto más profunda sea la identificación de los artistas, con los anhelos más íntimos y depurados del agotable espíritu de la multitud.

Alberto SORIANO

(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

El Hogar



LA SUPER CERA

QUE LIMPIA

DA COLOR

ENCERA Y

DESINFECTA

SUS PISOS.

CLINICA
DENTAL
YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533

(a mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU



Alumnos de la Alianza Cultural Uruguay-Estados Unidos de América, (Lilial Ombúes de Lavalle), reunidos al festejar el fin de curso. Les acompañan las profesoras Mrs. Daisy Powell y Miss Mirtha Cristina Mazzeli.

PARA SORPRESA DE TARZAN, EL JEFE DE LA CARAVANA, NO ERA OTRO QUE UN MAHARAJAH INDU.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



NO ES ESTO UN TANTO PRETENCIOSO SUSURRO TARZAN. EL CAZADOR APUNTO: "QUE IMPORTA... ES SO DINERO."

"SU MAJESTAD" DIJO AL CAZADOR: "ATENDAMOS A NUESTRO HUESPED; SR. JACKSON ESTOY SEGURO QUE ESTA CON HAMBRE Y CON SED."



SE SIRVIERON INSTANTANEAMENTE EXCELENTE REFRESCOS "TAL VEZ UD. PUEDA AYUDARME" DIJO EL MAHARAJAH. "ESTOY TRATANDO DE COLECCIONAR TROFEOS..."

"SON LOS UNICOS OBJETOS QUE NO PUEDO OBTENER CON MI DINERO" AGREGO COMO DISCULPANDOSE. "Y AHORA, BUSCO UNA GACELA."

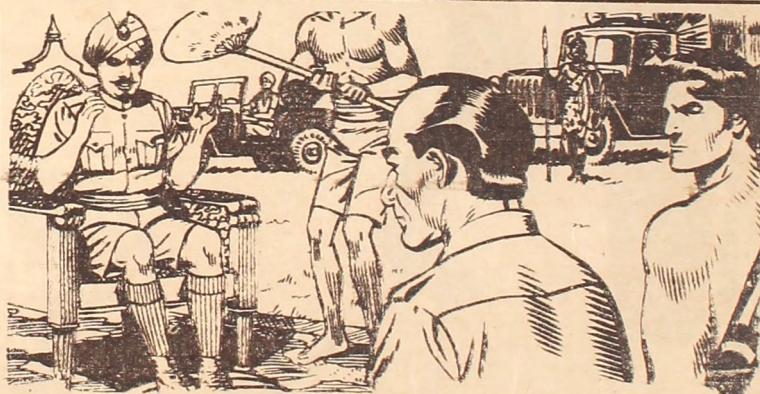


VICK
VAN BUREN
JOHN
CELARDO



"HE PASADO GRANDES AVENTURAS EN MIS VIAJES" DIJO TARZAN. "PERO TENDRE GRAN PLACER EN LLEVARLO POR LAS INMEDIACIONES!"

"UN MOMENTO!" DIJO JACKSON RESENTIDO. "ESTOY SEGURO DE SER LO SUFICIENTEMENTE COMPETENTE PARA SERVIR A MI CLIENTE."



"VAMOS-VAMOS, SR. JACKSON" INTERVINO EL MAHARAJAH. "NO HAY NECESIDAD DE CELOS PROFESIONALES... YO LE PAGARE A UD. TODO EL DINERO QUE LE HE PROMETIDO."



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



EL MAS GRANDE SURTIDO

DE TEJIDOS Y ESTOS

6 precios de sensación

ESTAN EN LAS 3 AVENIDAS Y
CASA SOLER

ALGODONES ESTAMPADOS, SEDAS FANTASIAS
Y TAFFETAS BROCHE en variedad de dibujos y
colores. Ancho 0.90, el metro \$

2.50

SEDAS Y POPELINAS ESTAMPADAS, ORGAN-
ZAS Y TAFFETAS FANTASIA. Ancho 0.90, el mt. \$

2.80

FALLAS FRANCESAS, GROS FANTASIA, OTTO-
MANOS, ORGANZAS REVERSIBLES Y ALGODO-
NES ESTAMPADOS AMERICANOS, al increíble
precio de, el metro \$

3.50

ORGANZAS SUIZAS Y AMERICANAS BORDA-
DAS, SEDAS REVERSIBLES Y ALGODONES IM-
PORTADOS. Ancho 0.90 y 1.15, el metro \$

4.50

BROCATOS Y FALLAS FRANCESAS, SEDAS ES-
TAMPADAS ITALIANAS, TAFFETAS BORDADAS
AMERICANAS Y POPELINAS SATINADAS. Ancho
0.90, el metro \$

6.50

NYLON CLOQUE AMERICANO ESTAMPADO,
BROCATOS Y FALLAS FANTASIA, Y RASOS DE
ALGODON ESTAMPADO. Ancho 0.90, el metro \$

9.50

GRAN VENTA DE VERANO

INTERESANTES REBAJAS Y

20%

DE DESCUENTO
EN TODAS LAS SECCIONES



PROGRAMACION
DE CASA SOLER
EN SAETA T.V.

Lunes a las 20 horas:
Panchito Nolé y su cuar-
teto rítmico. — Miércoles
a las 20 horas: César
Zagnoli y su trio típico,
a las 22 y 30: La Gran
Tele-revista de las 3
avenidas. Todos los días
a las 22 hs. el Tele-
noticioso de Casa Soler.

CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302
Teléfono: 20 09 61
SUCURSAL CORDON
Av. 18 de Julio 1601
Teléfono: 40 41 11
SUCURSAL GOES
Av. General Flores 2341
Telfs. 2 42 00 - 2 43 00
2 44 00